

rá una granja el Sultan; en guisa de pañuelo, y veremos en el Bósforo á la *beata*, así se asegura, convertida en *arrendadora turca*.

Nuevos voluntarios napolitanos siguieron á los primeros. Los deudos perseguidos por sus acreedores; los condenados por causas criminales; los hijos de familia que deseaban sustraerse á la autoridad paterna; los vagabundos sin patria ni hogar; todos ellos se aglomeraron como en Roma, formando batallones de la J6ven Italia. Verdad es que carecian de armas, equipo, municiones y víveres; pero se ocurrió á esta necesidad por medio de colectas públicas, á cuyo frente se colocaron las señoras Olimpia Colonna y Josefa Guacci Nobile, patronas del progreso. Embarcados en buques que los conducian á todo . . . . . menos á la redencion de Italia, se divertian cantando himnos en coro. Así como así, tanto valian sus arpas como sus espadas (1).

A poco tiempo de esto, aparecia tambien en los campamentos, como rival de la princesa de Belgiojoso, la condesa de Bevilaqua. Periodista y guerrera, habíase puesto á la cabeza de un cuerpo de cruzados toscanos, romanos, etc. en Rocca d'Amfor, lago de Idro, cerca de Brescia; y allí, estableciendo su cuartel general sobre una montaña, habia colocado . . . . . un piano, al cual cantaba himnos guerreros, y en cuyo derredor hacia *polkar* á sus oficiales.

Aunque no era ya niña, ni mucho menos conservaba los atractivos de su pristina belleza, no le faltaba ninguno de aquellos ardientes pensamientos que ilustran á las *Théroignes*, pero que hubiese ruborizado á Juana de Arco. Como superiora de una congregacion militar, á la cual mantenía sobre las armas, gastaba habitualmente calzoncitos á la mameluca, una casaquilla de oficial, sus pistolas á la cintura, y enormes puros que nunca se le caian de la boca. Desde lo alto de su cuartel general complacíase en remontar globos aereostáticos á la milanesa, llenos de llamamientos á la cruzada, y proclamas incendiarias á los pueblos, que el viento dirijia al acaso.

Mas ¡ah! que un dia, cuando menos lo esperaba, subieron algunos cazadores austriacos á la montaña, se apoderaron . . . . . del piano, y llena de susto la condesa huyó del monte de las armonías . . . . que no era ciertamente el campo del honor.

(1) Habíanse hecho escudos de armas caprichosos, y su bandera presentaba reunidas la benigna cruz de Pio IX y el fogoso corcel de Nápoles.

## CAPITULO V.

REVOLUCION DE PALERMO.—MARIANO STABILE.—EL PADRE VENTURA.  
—DESTITUCION DEL REY DE NAPOLES.

Encargado lord Minto, por el rey Fernando, de negociar con los rebeldes de Palermo, nada pudo obtener de ellos, porque considerándose vencedores Mariano Stabile y los suyos, pretendian dar la ley, y no recibirla.

Era Stabile hijo de un intendente del príncipe de Cassaro, y como secretario de este mismo príncipe habia permanecido algun tiempo en Madrid, de donde le habian arrojado á causa de su exaltacion demagógica: vuelto á Palermo y no habiendo podido obtener en él ningun cargo público, desempeñaba un empleo insignificante en una sociedad industrial de azufre, cuando estalló la revolucion de Sicilia. Hombre de carácter enérgico y audaz, Mariano Stabile abrió las cárceles y presidios de Palermo en el instante de su advenimiento al poder, ejerciéndole por medio del terror y con el auxilio de comisiones nombradas por él, que gobernaban la Sicilia entera. Asegurada su omnipotencia por el lamentable estado de Nápoles y el trastorno general de Italia, llegó á no dudar de la completa emancipacion que su ambicion soñara.

No satisfaciendo en manera alguna á los constitucionales de Palermo la constitucion de Nápoles, declaró el gobierno provisional que queria una constitucion, no democrática y á la francesa, tal como la habia dado Fernando II, sino una carta aristocrática, y á la inglesa, como la habia tenido Sicilia en 1812 (1).

De este gobierno provisional era presidente el vice-almirante Ruggiero Setimo, anciano de setenta y cinco años, que colmado en otro tiempo de los favores de la corte, y entusiasta adorador de Nicolás, habia escrito un libro relativo á la gloria del autócrata de Rusia, cuando este emperador vino á Palermo; y aun habia hecho un viaje á Venecia para ofrecer su incienso y su obra á los piés de su majestad la emperatriz.

¡Quién lo creeria! El mismo obsequioso cortesano, tan solícito hacia poco del favor de los reyes, no pensaba ya mas que en el triunfo de las libertades del pueblo; y habiéndose apresurado á convocar una cámara de diputados sicilianos, conforme á un método de eleccion calcado so-

(1) En esta los nobles desempeñaban un gran papel en la cámara de los pares, como en Londres.

bre el sistema británico, abrió su nuevo parlamento el 13 de Abril de 1848.

La asamblea se había reunido; los diputados ocupaban sus bancos, haciéndose notar en el salón algunas fisonomías amenazadoras y siniestras.

Torrearsa, presidente de la cámara, se levantó y leyó en alta voz:

“¡ En nombre del parlamento siciliano! Fernando de Borbon y su dinastía quedan destituidos para siempre del trono de Sicilia.” Este acto de demencia fué acogido con tres salvas de aplausos. “¡ Para siempre!” tema obligado y perpetuo. Fernando de Borbon y sus sucesores habían descendido *para siempre* del trono de Sicilia, como Luis Felipe y su raza habían sido nombrados reyes de Francia *perpetuamente*.

El presidente prosiguió su lectura.

“ Sicilia se gobernará constitucionalmente, y llamará al trono á un príncipe italiano despues de haber reformado sus estatutos.”

Aclamaciones frenéticas.

El ministro de hacienda, Amari, exclamó con tono solemne, dramático gesto y pintoresca actitud:

“¡ Diputados, no basta votar, preciso es tambien jurar! ¡ Vamos pues! ¡ Levantaos! ¡ Erguid la frente! y poniendo sobre el corazón la mano izquierda, levantando la derecha al cielo, exclamad todos juntos:

“ *Fernando II no reinará jamás en Sicilia.*”

La pantomima se ejecutó, quedando maravillados los circunstantes.

Teraldi corrió á la tribuna, y dijo:

“ Destituido, no; no es bastante: declarémosle *parricida público*, y que repare con su sangre todos los enormes males que ha hecho sufrir á la naturaleza entera.”

Era uno de los hombres mas moderados del partido (1).

Encantado uno de las actitudes y gestos que el ministro Amari había creído de su deber prescribir á los representantes del país, pidió á voces que se hiciese lo mismo en la cámara de los pares.

—“¡ Ya he dado la orden, señores,” respondió con tono grave el presidente; y para volver á ver el mismo espectáculo, corrió el público á la otra cámara.

Era la noche. En lo mas oscuro del salón se destacaba el espadachin rebelde por naturaleza, que se hacia llamar *el coronel La Masa*, bullanguero, fanfarron y charlatan, no menos jactancioso que vulgar, valiente unas veces, y cobarde otras; especie de Cartouche-Flocon, ó de Catilina-Causidiere.

(1) Diario oficial de Palermo, l'Indipendencia é la Lege, 15 de Abril.

Sus hordas asalariadas le rodeaban, viéndose allí los mismos atroces gestos que en el otro recinto legislativo, y aun mas amenazadores, en medio de las *tinieblas visibles* que se extendían á su alrededor. Ignorando los pares lo que iba á suceder, pero presintiendo algun suceso deplorable, estaban pálidos y agitados en sus bancos, como obligados á figurar entusiasmo con su espanto.

Sus señorías parecían descontentos; pero muchos han dicho despues que aun su misma traicion era allí fidelidad.

El duque de Serra di Falco, hombre de bien y monárquico, arrastrado muy honrosamente al principio por el movimiento de las ideas, encadenado despues por el miedo y á pesar suyo en su fatal posición, ocupaba la silla de la presidencia. Recargado de placas y de condecoraciones al adoptar una marcha que tendía á destruirlas un día ú otro, abrió la sesión tan majestuosamente como fué posible, proclamando la *destitucion* del monarca.

Por el momento hubo estupor en la asamblea.

“ *O destitucion ó república,*” se dijo á los pares en voz baja; y de dos abismos entreabiertos escojieron el menos horrible.

Serra di Falco prosiguió:

“¡ Diputados! ¡ Mano izquierda al corazón! ¡ Mano derecha hácia el cielo! ¡ En pié! ¡ Frente erguida! y juremos.”

La lección no estaba escrita, y la repetía de memoria.

El padre Ventura, teatino, nombrado par de Sicilia, en consideracion de sus *fazañas* de Roma, tomó la palabra y pronunció el siguiente discurso, á poco mas ó menos.

“ La Europa tiene fija su vista en nosotros (frase sacramental). ¡ Nobles pares! Toda autoridad viene de Dios; pero el *pueblo*, y sobre todo el *sacerdote*, son los representantes del Señor; y á mí, pues, y luego á vosotros corresponde el poder supremo. Por consiguiente, con pleno derecho proclamamos la *destitucion*.

Fervientes interrupciones.

—“ A votar! repuso Serra di Falco.

—“ Ya está hecho, ya está hecho, exclamaron las tribunas; se ha votado por aclamacion.”

La idea pareció luminosa, y los nobles pares repitieron:—“ *Sí*, ya se ha hecho, ya se ha determinado, está concluido.”

El sufragio por aclamacion proporcionaba inmensas ventajas, porque dispensaba del peligroso cuidado de depositar bolas ó pronunciar palabras, cosas muy comprometidas ante los puñales que podían espulgar las bolas y escudriñar las conciencias. Hubo, pues, votacion invisible con

tácita exaltación, y dados los votos sin urna, nadie pudo reprobarnos el escrutinio.

El gobierno se instaló, siendo sus principales gefes Mariano Stabile, radical exaltado (1); el diputado *Vito Ondes*, protector de los *componendistas* (2); el príncipe de *Scordia*, ambicioso y amigo de conmociones; la *Farina*, echado en otro tiempo de Messina, y refugiado después en Florencia, donde redactó el diario *La Patria* [estuvo encargado de la cartera de la guerra]; *Corvaja*, ex-mercader de vinos, que pronunció estas palabras después de restablecido el orden en Palermo: "Al presente me río de todo, pues soy ya rico (*dirigió* la hacienda)."

Otras notabilidades figuraban aun entre los gefes del nuevo Estado; ¿pero á qué proseguir su lista? No existen ya estos altos poderes y no merecen el honor de que se les nombre.

En consecuencia del decreto de destitución, se procedió á buscar un nuevo soberano. El gobierno provisional ofrecía su corona á cualquier advenedizo, y todos la desdeñaban. Escojió al hijo del gran duque de Toscana, solicitó al duque de Leuchtenberg, hizo sondear al duque de Burdeos, se dirigió al príncipe de Joinville, habló del príncipe Leopoldo de Baviera, tuvo algunas veleidades por Luciano Murat, y en fin, cuando toda Europa arrojaba sus reyes, Sicilia pedía uno á toda Europa.

Pero hagamos aquí justicia á este pueblo, que aunque en su fatal insurrección se entregó á todo género de fraternizaciones demagógicas, mascaradas tricolores, ciudadanadas burlescas y canciones marselesas, aun en medio de este mar de absurdos, nunca le vino al pensamiento descender á proclamar la república, rechazándola como cosa ridícula y librándose así de semejante ignominia.

(1) Mariano Stabile, que pronunció la destitución, declaró después en la tribuna y públicamente, que lo había hecho por las reiteradas instigaciones de la Inglaterra, cuya asistencia se le había ofrecido, y con la que había sido engañado.

(2) El Componendo era una sociedad secreta de bandidos, que apoderándose de los hijos de familia, los tenía presos en sus madrigueras hasta que sus padres pagaban el rescate. Los bandidos de esta sociedad dirigían á los ricos billetes concebidos en estos términos: "Pagad... tanto ó pereceis." Espantados algunos abrían su bolsillo, para evitar el riesgo que corría de ser cosido á puñaladas el que rehusaba. Escribieron al obispo de Girgeni Monseñor Io Jacono: "Necesitamos 24,000 francos, de lo contrario el hierro ó el veneno: ¡Silencio! ¡infame! ó sois muerto." (Extracto del Diario oficial de Palermo)

## CAPITULO VI.

ELECCIONES.—REPARTO DE LOS BIENES COMUNALES.—EL GENERAL PEPE.—ANARQUIA Y REACCION.

Convocada para el mes de Mayo la cámara de los representantes napolitanos, apresuraron las elecciones en las provincias los comisarios á lo *Ledru-Rollin* (1), que las desmoralizaban. Retirados de la liza los hombres de bien, las mismas pasiones que habían conmovido los campos para la elección de la guardia nacional, reprodujeron iguales excesos para el nombramiento de la cámara representativa; la misma rabia, idénticos manejos; y por último, elecciones deplorables.

Todos los gefes revolucionarios de la Calabria y todos los condenados políticos fueron elegidos. Triunfaba, pues, la demagogia, porque *el sufragio universal*, como ha dicho el ciudadano Proudhon, "está llamado en todas partes á encerrar para siempre en su huesa á la autoridad gubernamental" (2).

Las operaciones electorales de Nápoles ofrecieron muy extraño espectáculo, pues la capital y sus arrabales, tristemente resignadas con su posición, las miraron con despego é indiferencia. Tan escaso fué el número de los votantes, que en ciertas localidades hubo menos electores que elegibles. Donde hubieran debido reunirse cinco mil personas, el candidato elegido tuvo tres votos; y aunque en algunos barrios, corriendo cá y allá los electores, votaron á la par en muchas partes, todavía fueron ridículamente escasos los guarismos que produjo el escrutinio, mucho más en las inmediaciones de Nápoles, donde los colegios solo tuvieron urnas, sin que nadie acudiese á depositar en ellas su voto.

Conforme á la ley fundamental, debía el rey nombrar los pares. Pero á los ojos de los progresistas, no es buena y valedera una constitución sino en los puntos en que favorece sus miras, careciendo de significación los artículos que les son contrarios; por manera, que es en parte *inviolable* y en parte la consideran como *no escrita*. Cuando perjudica á sus adversarios, deben éstos tenerla por sagrada; y cuando les favorece, entonces no hay para qué hacer caso de ella; diadema ó andrajo, será objeto, según las circunstancias, del incensario ó de un puntapié, de la apoteosis ó de la degradación, y algunas veces de todas estas cosas, las unas tras las otras.

(1) Particularmente Cosme Assantti, sobrino del general Pepé.

(2) Confessions d'un revolutionnaire, pág. 322.